

Sermón Pr. 17B (2009) *Deuteronomio 4:1-2, 6-9; Santiago 1:17-27; Marcos 7:1-8, 14-15, 21-23*

*Ninguna cosa que de fuera entra en la persona puede hacerla impura; lo que hace impura a una persona es lo que sale de ella.*

Tenemos que hablar un poco sobre este punto. Escuelas se cierran por causa de gripe; cada día miles de niños mueren por falta de agua pura y sanitación; y sabemos bien las precauciones universales que debemos observar para proteger a las personas con VIH y otras debilidades del sistema inmunológico.

Hace unos días encontré a una familia vecina de María. Una muchacha explicó lo que había aprendido en la escuela cerca de salud: «Siempre debemos lavar las manos antes de comer. ¡Y no debemos compartir nuestra comida!» ¿Cómo enseñaremos la diferencia entre salud y tacañería?

Pues, el punto no se trata de salud corporal sino de salud espiritual y cómo nos acerquemos a Dios. Y el punto no es de lavar o no lavar las manos y los platos. Al fin y al cabo, toda esta disputa refleja el conflicto en la Iglesia antigua, sobre quiénes fueran auténticos miembros. ¿Pudieran ser personas de varias razas e idiomas e historias culturales? ¿O debieran ser judíos o hacerse judíos antes de ser bautizados?

Para dirigirse a esta pregunta, San Marcos recuerda una discusión de Jesús sobre lo nombrado «puro» o «limpio» y lo «impuro» o «común.» El punto de Jesús, según San Marcos, fue: «Con esto quiso decir que todos los alimentos son limpios.» Pero sabemos bien que el punto no es alimentos, es quiénes sean invitados a la mesa.

¿Cómo cuestiona San Marcos a la Iglesia hoy? No está hablando de diferencias entre judíos y cristianos, como «mejor ser cristiano, y puedes comer langosta.» Ni habla de salud y sanitación, como si aquellos con fe serían invulnerables a microbios.

San Marcos dice que, si nuestra Biblia—o nuestra manera de leerla—nos enseña a despreciar a los hijos y las hijas de Dios, y hacer divisiones, entonces debemos buscar otra interpretación. Jesús se dirige al sospecho, al odio muy profundo contra toda clase de persona diferente de mi grupo: el sospecho que, por alguna manera, «ellos» no son limpios.

Es el sospecho que se esconde adentro del racismo, del temor de inmigrantes o extranjeros, de personas gays o cualquier grupo que podríamos rechazar. Tal gente quizás sean sucios. Quizás tengan un olor. Quizás sus comidas no sean buenas. Quizás no mantengan sus casas bien arregladas, o participen en negocios fraudulentos. ¡Pero esta misma actitud contra mis hermanas y hermanos es el fondo de impureza en mi propio corazón!

Por hacer la distinción entre gentes, me he puesto más lejos de Dios. Pero, ¿por qué tenemos hacerlo? La buena nueva es ésta: La invitación a la mesa de Dios es para todos. Es para ti y para mí, para limpios y sucios, sanos y enfermos, judíos y gentiles, vecinos y extranjeros, ciudadanos, inmigrantes, todos. Lo único que nos detenga de la mesa sería que no deseamos la compañía.

Bueno, hoy debemos lavar las manos. Pero podemos dejar el miedo y sospecho contra la gente invitada a la mesa de Dios. Jesús nos declara, todos, limpios, aceptados, dignos de banquete. ¡Compartamos nuestra comida!

*La Revda. Paula M. Jackson, La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio*

Sermon Pr. 17B (2009) *Deuteronomy 4:1-2, 6-9; James 1:17-27; Mark 7:1-8, 14-15, 21-23*

*Nothing which enters a person from outside can make them unclean; that which makes one unclean comes from within.*

We'd better talk about this a bit. Schools are closing because of the flu; every day thousands of children die for lack of clean water and sanitation; and we all know well the universal precautions we should observe to protect people with HIV and other immune system problems.

A few days ago I met a family, Maria's neighbors. A little girl explained to me what she'd learned in school about health: "We always have to wash our hands before we eat. And we should never share our food!" How will we teach the difference between health and stinginess?

Well, the point is not physical health but spiritual health and how to be near to God. And the point is not washing or not washing hands and dishes. Ultimately this whole dispute reflects the conflict of the early Church, over who could be authentic members. Could they be people from every race and language and cultural history? Or did they have to be Jews or convert to Judaism before they could be baptized?

To address this question, St. Mark recalls a discussion of Jesus about what is called "pure" or "clean" and "impure" or "common." Jesus' point, according to St. Mark, was: "In this way, he declared all foods clean." But we know well that the point is not foods, it's about who's invited to the table.

How does St. Mark challenge the Church today? He's not talking about differences between Jews and Christians, as in "It's better to be Christian so you can eat lobster." He's not talking about health and sanitation, as if people of faith were invulnerable to microbes.

St. Mark is saying that, if our Bible—or our way of reading it—teaches us to discount the sons and daughters of God and to make divisions, then we need to find another interpretation. Jesus addresses the suspicion, the deep-seated hatred against every kind of person different from my group: the suspicion that, in some way, "they" are not clean.

It's the suspicion which hides itself within racism, within the fear of immigrants or foreigners, of gay people, or whatever group we might reject. Such people might be dirty. They might have a smell. Maybe their food isn't good. Maybe they don't keep their houses clean, or maybe they participate in shady business deals. But this very attitude against my sisters and brothers is the source of impurity in my own heart!

By making distinctions between people, I have put myself far from God. But why do we have to do this? The good news is this: God's invitation to the table is for everyone. It's for you and for me, for the clean and the dirty, healthy and sick, Jews and Gentiles, neighbors and foreigners, citizens, immigrants, everyone. The only thing that would keep us from the table would be that we don't like the company.

Well, today we should wash our hands. But we can leave behind the fear and suspicion against people invited to God's table. Jesus declares all of us clean, acceptable, worthy of the banquet. *Let's share our food!*

*The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati, Ohio*